

8. Organización

En un nivel, como vimos en los capítulos 2 y 3, podemos analizar la organización social de la cultura en función de sus instituciones y sus formaciones. En otro nivel, como vimos en los capítulos 5 y 6, podemos analizar otro tipo de organización social en el desarrollo de artes y formas específicas. Las áreas analizadas en los capítulos 4 y 7 —los medios de producción cultural, y el proceso de reproducción cultural— son vías alternativas para establecer relaciones activas entre los análisis de estos dos niveles de la organización social de la cultura.

Ahora podemos explorar la posibilidad de un concepto general que, aunque no debe sustituir a los tipos específicos de análisis, podría servir para identificar todas sus complejas interrelaciones. La historia moderna del concepto de cultura es de hecho una historia de la búsqueda de ese preciso concepto. Por eso es todavía indispensable en la historia y en el desarrollo del pensamiento

social. Pero ya que, en gran medida, refleja, sin resolverlas siempre, las dificultades y complejidades de esta búsqueda, y con frecuencia encierra, sin distinguirlos con claridad, conceptos diferentes e incluso antagónicos del «hombre en la sociedad», necesita de especificación y refuerzo. Como vimos en el capítulo 1, la fuerza de esta gama relacionante de significados, desde «modos globales de vida» hasta «estados de la mente» y «obras de arte», constituye con frecuencia su debilidad en la práctica, puesto que su insistencia en las interrelaciones puede convertirse en pasiva, o ser completamente evadida, por sus posibilidades simultáneas de una generalidad demasiado amplia y de una especialización demasiado estrecha. Para evitar esto, subrayando el carácter central de su tipo de definición, podemos especificar y reforzar el concepto de cultura como un *sistema signifiante realizado*.

La cultura como sistema signifiante

Para aclarar esto, podemos diferenciar un sistema signifiante de, por un lado, otros tipos de organización social sistemática, y, por otro, de sistemas de señales y sistemas de signos más específicos. Esta distinción no se hace para separar y desunir estas áreas, sino para crear un espacio que posibilite el análisis de sus interrelaciones. De modo que siempre es necesario tener la posibilidad de distinguir sistemas económicos, sistemas políticos y sistemas generacionales (parentesco y familia), y ser capaz de examinarlos en sus propios términos. Pero cuando llegamos, necesariamente, a establecer una interrelación entre ellos, encontramos no sólo que cada uno tiene su propio sistema signifiante —pues siempre hay relaciones entre seres humanos conscientes y comunicantes—, sino también que son necesariamente elementos de un sistema signifiante más amplio y más general: un sistema social.

Todavía no hemos sido capaces de discutir un sistema social en los términos más generales y completos. Sería un error reducirlo solamente al sistema signifiante, pues esto convertiría todas las acciones y relaciones humanas en meras funciones de significación y, con ello, las disminuiría radicalmente. Pero sería igualmente erróneo suponer que podemos estudiar provechosamente un sistema social sin incluir, como parte central de su práctica, sus

sistemas significantes, de los cuales, en cuanto sistema, depende fundamentalmente. Pues un sistema significativo es intrínseco a todo sistema económico, a todo sistema político, a todo sistema generacional y, más generalmente, a todo sistema social. Sin embargo, en la práctica es también distinguible como un sistema en sí mismo: como lenguaje, de manera más evidente; como sistema de pensamiento o de conciencia o, para utilizar ese difícil término alternativo, como ideología; y, también, como cuerpo de obras de arte y del pensamiento específicamente significantes. Además, todos ellos existen no sólo como instituciones y obras, y no sólo como sistemas, sino también, necesariamente, como prácticas activas y estados mentales.

Los sentidos más negociables de «cultura» se encuentran en las áreas distinguibles, en las que un sistema significativo se presenta en su forma más manifiesta. Este ha sido el uso operativo práctico de este libro, pues tiene la ventaja de concentrar la atención en un área de la práctica humana que es muy importante en sí misma y que, como se ha dicho, ha recibido una atención sociológica demasiado escasa. Tiene también la ventaja de posibilitar la discusión de las cualidades específicas de estos sistemas significantes manifiestos, y de sus relaciones con lo que a su vez podemos considerar como otros sistemas, políticos, económicos y generacionales. Pero, por difícil que ello resulte, se debe mantener un control teórico sobre cualquiera de estos destacados aspectos, en el sentido de que los sistemas significantes manifiestos —que son con frecuencia especializados y, por tanto, directamente practicados, con sus propios sistemas locales de señales y de signos— son necesariamente, en cualesquiera variaciones de proximidad y de distancia, elementos de un sistema significativo más amplio que constituye la condición de todo sistema social, y con el cual, en la práctica, ellos comparten necesariamente su material.

Práctica significativa

Así pues, la distinción de la cultura, en el más amplio o en el más restringido de los sentidos, como un sistema significativo realizado, está concebida no sólo para dar lugar al estudio de instituciones, prácticas y obras manifiestamente significantes, sino también para activar, mediante esta atención especial, el estudio de las relaciones entre estas y otras instituciones prácticas y obras.

La llave que nos permite acceder a estas relaciones tiene dos vueltas. Activa las relaciones al insistir en que las prácticas significantes están profundamente presentes en todas aquellas otras actividades, al tiempo que preserva la distinción de que están sustancial e irreductiblemente presentes en aquellas otras acciones y necesidades humanas sustancialmente diferentes: la significación necesaria disuelta, por así decirlo, de manera más o menos completa, en otras necesidades y acciones. Activa, también, las relaciones en la dirección opuesta, al insistir en que aquellas otras necesidades y acciones están profundamente presentes en todas las actividades significantes manifiestas, al tiempo que preserva la distinción de que, en estas prácticas, aquellas otras necesidades y acciones están disueltas, a su vez, de manera más o menos completa. La metáfora de la disolución es crucial para esta manera de considerar la cultura, y la matización «más o menos» no es una frase casual, sino una forma de indicar una verdadera gama, en la que grados relativamente completos y grados relativamente incompletos de disolución, en uno u otro sentido, pueden ser prácticamente definidos.

Prácticas culturales y otras prácticas

Así pues, la organización social de la cultura, como sistema significante realizado, está inserta en toda una gama de actividades, relaciones e instituciones, de las que sólo algunas son manifiestamente «culturales». Para las sociedades modernas, al menos, éste es un uso teórico más eficaz que el sentido de cultura como modo de vida global. Este último sentido, derivado fundamentalmente de la antropología, tiene el gran mérito de hacer hincapié en un sistema general —un sistema organizado y específico de prácticas, significados y valores actuados y activados—. Es especialmente poderoso contra el hábito de realizar análisis separados, desarrollados históricamente, dentro del orden social capitalista, que presuponen, en la teoría y en la práctica, un «aspecto económico de la vida», un «aspecto político», un «aspecto privado», un «aspecto espiritual», un «aspecto de ocio», etcétera. Incluso las formas más débiles de conexión, en las vidas de todos los seres humanos y de todas las comunidades, pueden pasarse completamente por alto, o ser recogidas únicamente bajo el título de «interacción» o «efectos», que, aunque a menudo pueden ser localmente registrados nunca pueden ser activamente explicativos.

Por otra parte, si la cultura es el «modo de vida global», se puede crear una ausencia crucial de términos significantes de relación más allá de ella. En la práctica, en casi toda la antropología, los términos generales de relación son «cultura» y «naturaleza» y existen algunas sociedades simples en las que éstos son razonablemente explicativos, del mismo modo que existe un sentido muy amplio en el que, por ejemplo, las relaciones entre una «cultura industrial» y su mundo físico (específicamente utilizado) pueden ser investigadas y explicadas en los niveles más generales. Pero en las sociedades altamente desarrolladas y complejas existen tantos niveles de transformación social y material que la polarizada relación «cultura»-«naturaleza» resulta insuficiente. Es, en efecto, en el área de estas complejas transformaciones donde el propio sistema significativo se desarrolla y debe ser analizado.

Transformaciones

Algunos ejemplos de estas transformaciones pueden indicarnos el tipo de análisis que es posible, en función de los grados relativos de disolución. La moneda de curso legal es un ejemplo obvio. Es crucial para cualquier sistema de comercio desarrollado, y se convierte, en ese sentido, en un factor económico. Sin embargo, es también, evidentemente, un sistema significativo, no sólo de valores económicos relativos, sino también del área de un orden político específico, de cuyos signos explícitos es portador. Pero, si bien es cierto que una moneda se puede estudiar como un sistema específico de signos y, también, como en muchos ejemplos, ser analizada estéticamente, no cabe ninguna duda de que en cualquier moneda genuina lo predominante son las necesidades y acciones del comercio y del pago, y el factor significativo, aunque intrínseco, queda en este sentido disuelto.

En el caso de la vivienda, las transformaciones son más complejas. Una vivienda comienza, no sólo históricamente sino de forma repetida, en el área de la satisfacción de las necesidades más básicas de cobijo. Pero luego es característico que un tipo de vivienda se desarrolle dentro de una cultura determinada, en plenas relaciones no sólo con su entorno específico, sino también con su sistema generacional (parentesco y familia), al cual, por tanto, ya significa. En ulteriores transformaciones, las viviendas llegan a encarnar y significar diferenciaciones sociales internas, por su posición y tamaño relativos. En este estadio, que es siem-

pre la situación mayoritaria, la necesidad básica, en cuanto vivienda, es todavía predominante en términos de relativa comodidad y conveniencia, pero está ya influida por indicaciones explícitas —un sistema signifiante— de relativa posición social. En algunos casos —palacios, ciertos tipos de «casa de campo»—, este factor signifiante se convierte en un factor importante de diseño; existen casos en los que ha sobrepasado a la función normalmente primaria. La relativa importancia del factor signifiante se ve también aumentada en aquellos casos, bastante diferentes, en que existe una relación sugerida entre un tipo de casa y un estilo de vida particular (no necesariamente dominante). Una vez más, dentro y más allá de todos estos factores, la arquitectura doméstica se convierte en un arte consciente, con consideraciones estéticas específicas, y los moradores de la casa participan en deliberados tipos de mejoras, desde la decoración hasta la jardinería. En un caso como éste —y el caso del vestido es del mismo tipo— existe una disolución especialmente compleja de necesidades primarias socialmente desarrolladas, que en un nivel son siempre dominantes, y de una gama de prácticas signifiantes, algunas de ellas bastante manifiestas.

Las comunicaciones modernas

Un sistema moderno de comunicaciones constituye también otra serie de transformaciones complejas. En un sistema telefónico el factor de necesidad directa —pero de una necesidad que es desarrollada ella misma por los cambios en el modo de producción y en las pautas consiguientes de asentamiento social y familiar— es relativamente dominante. Pero el caso de la radio y la televisión, por ejemplo, es bastante diferente. Satisfacen algunas de las mismas necesidades, en un nivel más generalizado, pero (como han demostrado y continúan demostrando las controversias acerca de su organización) están envueltas fundamentalmente en cuestiones de un orden directamente económico y político, y con frecuencia están específicamente determinadas por él, al tiempo que constituyen un factor importante en su reproducción y modificación. Este es, pues, un caso de sistema signifiante manifiesto que no puede ser tratado como si otros tipos de necesidad y de acción estuvieran totalmente disueltos en él. De hecho, existe una evidente gama interna. En un extremo de la misma, se encuentran las noticias y la opinión política, en las cuales los

procesos de significación —importancia relativa, autoridad relativa, y valores más generales— son intensamente activos, pero donde todavía es esencial considerarlos como manifestaciones bastante directas de un orden político y económico. En el otro extremo del espectro, está el «puro entretenimiento», en el que todavía existen, en la práctica, algunas de esas manifestaciones directas, pero donde encontramos, más comúnmente, muchos tipos de mediación y una variedad de prácticas en las que otros —externos— tipos de necesidad y acción se encuentran efectivamente disueltos.

La gama de las artes

En estas difíciles áreas de transición se centra la mayor parte de las cuestiones acerca de la organización social de la cultura. La gama de la radio y televisión puede compararse con la que encontramos en las artes conscientes y específicas. Parece que existen grados relativos de disolución en las diferentes artes. La literatura, por ejemplo, comparte su medio específico, el lenguaje, con el medio más general de todos los tipos de comunicación social y toma gran parte de su material de las áreas ya manifiestas de otros tipos de acción e interés social. Se han llevado a cabo intentos para superar los problemas resultantes, distinguiendo, por ejemplo, entre «literatura» y otras formas de escritura (véase el capítulo 5). Pero en la práctica, estos argumentos giran siempre en torno a la autonomía relativa de una particular práctica u obra significativa, en la cual las categorías ofrecidas constituyen ellas mismas formas de significación que tienen conexiones específicas desentrañables con el sistema significante general. Sin embargo, existe alguna base para un relativo contraste, por ejemplo, con la música, en la cual, aunque las categorías ofrecidas son todavía operativas y con frecuencia reguladoras, el sistema significante específico parece con frecuencia ser una solución más completa de otras áreas y otros sistemas significantes de acción y necesidad.

La organización social de la cultura

Así pues, la organización social de la cultura es una gama amplia y compleja de muchos tipos de organización, desde los más directos a los más indirectos. Si esto lo aplicamos históricamente, tenemos la posibilidad de desarrollar métodos sociológicos en las áreas diferenciadas, pero conexas, de las instituciones culturales,

de las formaciones culturales, de los medios de producción cultural, de las artes culturalmente desarrolladas y de las formas artísticas y culturales, dentro de nuestras definiciones generales de producción y reproducción cultural como sistemas significantes relacionados y realizados.

El análisis real puede entonces moverse en muchas direcciones diferentes, y hacer hincapié en diferentes aspectos locales. Una sociología empírica de la cultura, incluso en un estadio tan temprano de desarrollo, puede extenderse radicalmente cuando se resuelvan, al menos provisionalmente, estos problemas básicos de teoría y método. Ese desarrollo empírico se producirá, por supuesto, en muchos estudios específicos. Lo que más nos interesa aquí es señalar las repercusiones de este tipo de resolución teórica en una cuestión sociológica muy obvia y general, en la que un nuevo trabajo empírico es especialmente necesario. Por razones explicadas en el capítulo 1, una cantidad importante de investigación se ha realizado fuera de la sociología, en lo que es efectivamente la sociología de las artes particulares, mientras que la sociología propiamente dicha se ha concentrado en las instituciones más evidentes y en los «efectos». Sin embargo, existe un área cultural de interés directo para la sociología más general, en la que hasta ahora sólo se han producido escasos avances. Basándose en la naturaleza de dichos avances, esta área ha quedado definida como la del status social y la formación social de los intelectuales.

La sociología de los «intelectuales»

Pero, entonces, lo primero que debemos señalar es que la propia definición debe ser analizada como un término dentro del sistema signifiante de la sociología ortodoxa. Así, es corriente preguntar si los «intelectuales» pueden ser una «clase» o cómo, al igual que otros tipos de grupo, se relacionan o dejan de relacionarse con las clases sociales fundamentales. Se han realizado algunos estudios empíricos localmente útiles, pero tanto en ellos como, incluso, en los pocos estudios más desarrollados, especialmente los de Gramsci (1971) y Mannheim (1936 y 1956), existen problemas teóricos evidentemente sin resolver que influyen directamente en los métodos de investigación.

El más serio de estos problemas es ciertamente la definición inicial de «intelectuales». Un examen a fondo revela que constituye, en primer lugar, una falsa especialización a partir de un cuerpo más general de productores culturales y, en segundo lugar, una extensión equivocada de un tipo de formación cultural a una categoría social general. Pues la categoría «intelectuales», típicamente centrada en ciertos tipos de escritores, filósofos y pensadores sociales, que mantiene relaciones importantes pero inciertas con un orden social y sus clases principales, es de hecho una formación histórica muy específica, que no puede tomarse como exclusivamente representativa de la organización social de productores culturales. Excluye, por un lado, a los numerosos tipos de artistas, intérpretes y productores culturales que no pueden ser razonablemente definidos como intelectuales, pero que contribuyen de forma evidente a la cultura general. Excluye, por otro lado, a los numerosos tipos de trabajadores intelectuales que están directamente instalados en las instituciones políticas, económicas, sociales y religiosas fundamentales —funcionarios públicos, expertos en finanzas, sacerdotes, abogados, doctores— y que están claramente implicados, por este hecho, no sólo en sus prácticas directas, sino también en la producción y reproducción del orden social y cultural general. Deja la definición de los maestros, en los diferentes niveles de educación, en situación ambigua, entre versiones opuestas de producción y reproducción. Es significativo que Gramsci, en contraste, por ejemplo, con Mannheim, se ocupara del área de estas exclusiones, con efectos importantes, pero todavía con la dificultad general de la definición inicial de «intelectuales».

Los intelectuales y la inteligencia

Curiosamente, una constante incomodidad en el uso de la palabra «intelectuales» indica, al realizar el análisis, dos de los problemas subyacentes. Se objeta, en primer lugar, que el término es arrogante, porque implica que sólo los intelectuales son inteligentes. En segundo lugar, se objeta que es una manera de definir una distancia o apartamiento de los asuntos cotidianos, y que es una especie de racionalización de lo impracticable. El punto fundamental no es que las circunstancias y el tono de estas objeciones carezcan con frecuencia de sentido, pues plantean, aunque no pueden resolver, las dificultades esenciales.

Ante la primera objeción es posible decir, con Gramsci: «to-

dos los hombres son intelectuales... pero no todos los hombres tienen encomendada en la sociedad la función de intelectuales». Esto tiene el mérito de hacer hincapié en que todas las actividades productivas y sociales humanas implican inteligencia, y que de lo que se trata es de definir tipos de actividad que implican un grado y regularidad excepcionales de este ejercicio. Pero esto, por supuesto, como el propio Gramsci reconoció, nos lleva más allá del uso normal del término «intelectuales». Incluye necesariamente a los trabajadores intelectuales establecidos en instituciones que tienen objetivos directos e indirectos diferentes al del trabajo intelectual: administrativos, financieros, legales, políticos, médicos, etcétera. Gramsci así lo reconoció y trató de resolverlo con su distinción entre intelectuales «tradicionales» y «orgánicos», en la que estos últimos están directamente vinculados y sirven a una clase social (especialmente la clase en ascenso), mientras que los primeros se encuentran en relaciones de clase más antiguas, más diversas y con frecuencia indirectas. Esto plantea cuestiones importantes pero no las resuelve, pues lo que realmente tenemos que hacer es interpretar, valiéndonos de principios históricos y sociales generales, las actividades y relaciones que llevaron a la moderna definición de intelectuales, en lugar de dejar que estos principios generales sean definidos por extrapolación de situaciones más locales.

Los intelectuales y la especialización de las ideas

En todas las sociedades existen productores culturales, y tanto su grado de especialización como sus consiguientes relaciones sociales están históricamente determinados. Hemos visto diferentes ejemplos en los capítulos 2 y 3. Pero debemos añadir que, cualquiera que sea el grado de especialización funcional en un tiempo y lugar determinados, ningún aspecto de la producción cultural es en sí mismo totalmente especializado, pues constituye siempre (en diferentes grados y en circunstancias diferentes, como vimos en el capítulo 7) un elemento de una producción y reproducción general, tanto social como cultural. Esta es también la razón de que las funciones estrictamente «intelectuales» no puedan ser aisladas. No se trata únicamente de que la inteligencia, en el sentido más general, esté implicada en todas las actividades sociales y productivas, sino también que las «ideas» y «conceptos» —las preocupaciones especializadas de los «intelectuales» en el sentido moderno— se producen y reproducen en todo el tejido social y

cultural: a veces directamente como ideas y conceptos, pero también, de manera más amplia, en forma de instituciones que los configuran, de relaciones sociales significadas, de acontecimientos culturales y religiosos, de modos de trabajo y de ejecución: en verdad, en todo el sistema significante y en el sistema que el mismo significa. Además, a pesar de que estas actividades generales de producción y reproducción se pueden analizar, en un nivel, como expresión de ideas, ocurre con frecuencia —como en el caso del materialismo histórico— que las auténticas ideas y conceptos son, de hecho, una articulación de lo que ya está siendo ampliamente practicado, o constituyen interacciones efectivas, aunque desiguales, con la práctica. Efectivamente, el «sistema social» y el «sistema significante» sólo se pueden separar de forma abstracta, puesto que en la práctica, y en una escala variable, son mutuamente constituyentes.

Las relaciones de los productores culturales

Por lo tanto, las funciones diferenciales de los productores culturales nunca pueden comprenderse aisladas de esta producción y reproducción general, en la que participan todos los miembros de la sociedad. Al mismo tiempo, esta participación es social e históricamente variable en grado extremo. Su condición mínima es la posesión y reproducción de un lenguaje y unas costumbres, y casi siempre es, en este sentido, efectivamente general. Pero debemos tener en cuenta, igualmente, todos los grados de dominación y de subordinación práctica entre conquistadores y conquistados, entre clases sociales, entre sexos, entre adultos y niños. Es inevitable, dentro de tales relaciones de dominación y subordinación, que las actividades de los productores culturales se vuelvan doblemente especializadas: respecto de un tipo específico de trabajo cultural, pero también respecto de vínculos específicos dentro del sistema social organizado.

Los productores culturales y los grupos dominantes

En general, es cierto que estos vínculos se establecen con los elementos dominantes, pero esto varía, tanto en la forma como en el grado, de acuerdo con la naturaleza del tipo particular de dominación. El vínculo puede ser exclusivo, de modo que el trabajo cultural se realice sólo para el grupo dominante. Puede ser

estratégicamente comprensivo, de modo que, aunque realizado para todos, lo es en interés del grupo dominante. Puede también adoptar formas combinadas, con frecuencia formas de especialización. Pero también debe subrayarse que en ciertas circunstancias de dominación y de subordinación, y en las luchas dentro de ellas, algunos tipos de trabajo cultural son deliberadamente producidos en un grupo subordinado y vinculados a él de manera más o menos consciente. Podemos encontrar una gran cantidad de ejemplos de esto, en la cultura de los pueblos conquistados, de las clases subordinadas, de las mujeres subordinadas, y de los niños. Pero, por supuesto, éstas siguen siendo culturas subordinadas, aunque no siempre (y en condiciones de lucha en absoluto) culturas de subordinación. Pues los grupos dominantes no siempre (y, en verdad, históricamente no con frecuencia) controlan todo el sistema significativo de un pueblo; típicamente son dominantes *dentro de él*, más que sobre y por encima de él.

En las sociedades complejas y en desarrollo existen pues relaciones marcadamente desiguales entre los productores culturales, ahora diferenciables como un grupo o grupos, y el sistema social general. Hemos visto varios ejemplos de estas variaciones en los capítulos 2 y 3, y llegamos, en el capítulo 7, a la hipótesis de la relativa autonomía —de la práctica y de los practicantes— como función del grado de distancia respecto de relaciones sociales organizadas de otra manera. Ahora podemos combinar esta hipótesis con la hipótesis adicional (pág. 196) de que las instituciones y las prácticas pueden diferenciarse por el grado de relativa disolución de una práctica significativa en organizaciones particulares y en la importancia de las acciones y necesidades. Así, el grado de reconocimiento de los productores culturales relativamente autónomos y, por lo tanto, de los «artistas» e «intelectuales» en el sentido moderno, está en función de la distinción de producción cultural «como tal», a ciertas distancias relativas de los procesos todavía generales y fundamentales de producción y reproducción cultural y social. Por lo tanto, es siempre una cuestión de distancia relativa, que debe definirse por medio del análisis específico histórico y social, y no una cuestión de categorías abstractas o «esferas».

Distancias relativas. El concepto de distancia relativa no implica, por supuesto, *separación*; es simplemente uno de sus ejemplos extremos. Existe distancia relativa en la posición de los artis-

tas institucionalizados, descritos en el capítulo 2, precisamente en su reconocimiento como artistas con un lugar prescrito en el orden social. De hecho, formas comparables de distancia relativa, por reconocimiento e institución, son históricamente comunes. Los órdenes de clérigos eclesiásticos, y más tarde las universidades, son los principales ejemplos. En éstas, al igual que en los gremios y en las organizaciones profesionales de artistas se hace evidente la existencia de elementos de autorganización y de lucha por el reconocimiento; con frecuencia luchas repetidas en circunstancias generales cambiantes.

Pero la autonomía relativa por el reconocimiento o institución (concedidos o adquiridos), con sus definiciones a menudo explícitas de deberes y privilegios, es, si no totalmente dependiente de los tipos monopolistas de orden social, al menos más congruente con ellos. Incluso aquí podemos distinguir tipos diferentes de autonomía relativa, por tipos de producción cultural. Así, algunas formas de música y de pintura, o ciertos tipos de investigación y escritura, pueden lograr una relativa autonomía, dentro de un orden social monopolista, porque ya están internamente dirigidos a la reproducción de este orden en sus términos más generales, o internamente dirigidos, como mínimo, a no contradecirlo o desafiarlo. Y nos basta examinar otros tipos de trabajo —en leyes, moralidad, teoría política y tipos significativos de historia e investigación— para descubrir un tipo de autonomía relativa como forma de organización funcional dentro del orden social: esencialmente, una división del trabajo dentro de su producción y reproducción.

Las iglesias. La posición de la Iglesia en las sociedades feudales ofrece muchos ejemplos. En toda una serie de casos encontramos lo que, de hecho, constituye una autonomía relativa integrada, determinada todavía por grados de distancia relativa. En algunos momentos críticos encontramos una superposición práctica entre lo que ahora podríamos distinguir como funciones de los intelectuales de la «Iglesia» y del «Estado»: intelectuales que son también gobernantes y administradores. Los casos importantes de tensión y de conflicto real, dentro de esta integración, toman entonces, con frecuencia, la forma de una tensión y un conflicto *dentro* de los órdenes aparentemente autónomos, mientras que las tensiones y conflictos *entre* ellos están especialmente asociados —como ocurrió de forma muy notable en la Reforma inglesa—

con fases de cambio fundamental en el carácter del orden social como un todo.

Los partidos. La posición del partido político dentro de las sociedades postrevolucionarias modernas aporta otro campo para este tipo de análisis. Parece ser fundamentalmente una forma de organización funcional dentro del orden propio social, y, como tal, incluye intelectuales cuya superposición (e intermovilidad) con los funcionarios del Estado expresa esta integración fundamental. Sin embargo, en grados relativos de distancia según los tipos de trabajo, existen todavía algunas autonomías relativas, gobernadas en la práctica por la dirección interna hacia la reproducción del orden general. En esta situación, se han producido casos importantes de tensión y conflicto *dentro de* instituciones relativamente autónomas, pero pocos o ningún caso de tensión y conflicto *entre* ellas, mientras se mantenían los términos de la corriente integración. Pues un conflicto entre, por ejemplo, un partido comunista y una forma existente de organización estatal comunista, que es teóricamente predecible, constituiría una prueba definitiva de un cambio fundamental en el carácter del orden social como un todo.

Tipos de integración. Así pues, la autonomía relativa no es una condición abstracta de cualquier forma de institución o de práctica cultural, sino una variable social e histórica que está ella misma ampliamente determinada por el tipo de integración característico del orden social como un todo. En condiciones en las que el monopolio explícito o práctico ha sido reemplazado por fases de poderes dispersos, o por conflictos explícitos entre los intereses sociales fundamentales, las relaciones son necesariamente más complejas.

En situaciones de poderes dispersos, las relaciones más comunes de los productores culturales son las de las diferentes formas de patronazgo: autonomías relativas que representan, a la vez, formas de dependencia relativa; pluralidad no establecida, a diferencia del monopolio instituido e internamente privilegiado. Pero estos desarrollos no pueden separarse de los cambios en los medios de producción, directamente conectados con cambios en el orden social general, que, como en el caso destacado del desarrollo del mercado de la publicidad y la prensa, alteró radicalmente los términos de las relaciones inmediatas. En otro nivel, dentro

de la misma predominancia final de las condiciones de mercado, la situación de las hasta ahora relativamente privilegiadas instituciones, dentro de órdenes sociales más directamente integrados, se alteró de maneras complejas: las universidades y las iglesias son los ejemplos más destacados. En cada uno de estos niveles, y en su interacción, comenzaron a cobrar forma las definiciones contemporáneas de la autonomía relativa.

«La "intelligentsia" no comprometida»

La formulación sociológica más influyente de estas condiciones es la de Alfred Weber y la de Mannheim: «una *intelligentsia* relativamente no comprometida» (Mannheim, 1956, 106). Esto no pretendía ser una proposición ideal, como en Matthew Arnold y sus sucesores, sino una descripción objetiva. En sus afirmaciones más cuidadosas (a diferencia de las versiones más ampliamente difundidas de los intelectuales y artistas como intrínsecamente no comprometidos, mientras sean «verdaderos» intelectuales y artistas), ésta es una primera respuesta plausible a las obviamente modificadas condiciones y sus resultados.

En verdad, no faltan ejemplos de pensadores y artistas radicalmente independientes, en número significativamente mayor dentro del Estado liberal y del predominio de las condiciones del mercado que dentro de los primeros y, a decir verdad, de los últimos tipos de monopolio social integrado. Estos radicales independientes se convierten en los héroes de la definición, y casi todos nosotros nos podemos sumar a su homenaje (aun sin imitarlos exactamente por el momento). Sin embargo, como definición *sociológica* de los productores culturales, y del cuerpo de la producción cultural, es ciertamente inútil. Incurrir en petición de principio respecto de las difíciles cuestiones de la autonomía relativa y la distancia relativa, que son las preocupaciones reales de la sociología cultural, al separar un tipo de relación como normal (e ideal) para luego encubrir este hecho mediante la reducción de la producción cultural y de los muchos tipos de productores culturales a la estrecha y autoconfirmadora definición de «intelectuales».

Los ideólogos. Por otra parte, esto no puede corregirse *sociológicamente* por medio de los tipos usuales de contradefinición. La más popular de éstas es el argumento de que un orden social predominante produce y es reproducido por una ideología general,

que los principales portadores y productores de esta ideología son los intelectuales (los productores culturales) y que el trabajo cultural es, por tanto (cualesquiera que sean sus formas locales de organización), definible como la práctica de un aparato ideológico estatal (véase Althusser, 1971). A este argumento se le pueden hacer algunas puntualizaciones. La relativa autonomía de las prácticas particulares puede ser admitida, haciendo un razonable hincapié en sus formas de reproducción interna. Algunos tipos de trabajo intelectual pueden ser designados como «ciencia», a diferencia de la, por lo demás, predominante «ideología», si bien esta distinción es normalmente interna, y no hay condiciones sociales verificables para su producción. De manera más general, el acento empíricamente insostenible sobre el aparato ideológico del *Estado* puede ser reemplazado por la más plausible proposición del control del aparato ideológico por una *clase* dominante, que opera en términos generales institucionales y de mercado, al igual que (o más bien que) directamente a través de las organizaciones estatales. Sin embargo, incluso con estas salvedades, la posición no llega a constituir una teoría sociológica operativa de la producción y la organización cultural.

Factores institucionales. En realidad, deben hacerse tres tipos de enmienda, y es significativo que éstas aporten explicaciones sociológicas iniciales a los fenómenos correctamente observados en la definición de Weber-Mannheim.

En primer lugar, están las condiciones específicas de asimetría (consideradas en el capítulo 4) entre un mercado capitalista y un orden social burgués. Esto no supone que dichas condiciones invaliden las condiciones más generales de simetría o congruencia en el grueso de la producción cultural, pero existen, tanto de forma general como en puntos importantes de transición entre fases y sectores del orden dominante, dando lugar a una proporción de obras incongruentes, incluidas algunas independientes de gran valor.

En segundo lugar, están las condiciones de reproducción institucional interna, que, como en el caso destacado de las universidades, no están necesariamente en estricto acuerdo con los movimientos de orden general, y que, en todo caso, a partir de las condiciones de su reconocimiento y privilegio original o temprano, han desarrollado criterios de trabajo intelectual independien-

te que en general parecen, y en algunos casos realmente lo son, bases para una producción original o crítica.

Finalmente, en tercer lugar, un orden social dominante de este tipo no excluye (aunque puede —o puede intentarlo regularmente— controlar y modificar) organizaciones importantes basadas en intereses sociales y de clases sociales diferentes, alternativos o antagónicos. Así pues, existe siempre en potencia —y, en muchos casos, en la realidad— una base posible aunque limitada para la producción alternativa. Estas tres condiciones institucionales pueden ser empíricamente investigadas, en relación con la producción real, por supuesto con resultados variables local e históricamente. Entre ellas abarcan gran parte de la producción cultural divergente que es (con excesiva precipitación) descrita como «independiente» o «no comprometida».

Sin embargo, por supuesto, de manera más notable en el tercer caso, pero también en cada uno de los otros dos, quedan sin plantear cuestiones sociológicas cuando los puntos de referencia son desviados del orden social como un todo a las operaciones más específicas del mercado, a las instituciones privilegiadas y a las instituciones alternativas o de oposición.

La asimetría del mercado. Así pues, la condición de asimetría general entre el mercado y el orden social establecido ha de relacionarse con un número específico de variables. Existen variaciones temporales y sectoriales observables, en las operaciones reales del mercado, que constituyen un aspecto de esta asimetría. Un ejemplo contemporáneo importante es la producción cultural específica para una nueva generación joven (especialmente marcada a partir de la década de 1950), en que una poderosa fuerza de mercado no es igualada por ningún equivalente social o por una importancia o autoridad cultural en el orden dominante. Aquí, una vez más, puede haber sectores viables del mercado, vinculados a una gama de agrupamientos minoritarios, o alternativos o de oposición, que pueden funcionar económicamente en esos términos, pero que no están representados de forma comparable en las instituciones explícitas de autoridad social y cultural. Cada una de estas variaciones produce sus propias formaciones diferenciables.

Desde otra dirección, especialmente en los últimos estadios de una economía de mercado, las presuntas relaciones tradicionales entre un mercado y un orden social —en que el mercado

podría considerarse como un mecanismo económico dentro, por lo demás, de una persistente cultura nacional— han sido cuestionadas radicalmente por el dinamismo excepcional del mercado *cultural*, provocando crisis de autoridad entre las instituciones tradicionales —del Estado, educativas y religiosas— y las instituciones de mercado. Aparecen, entonces, complejas formaciones sectoriales dentro de lo que todavía puede ser considerado generalmente como un orden dominante e incluso una clase dominante.

Instituciones privilegiadas. Esto guarda relación con el detalle sociológico de las instituciones culturales privilegiadas, tales como las universidades. Estas no sólo protegen ciertos estándares y procedimientos insubordinados de trabajo cultural, sino que bajo presión los protegen de manera diferencial. Con frecuencia, obtienen un efecto pleno en áreas residuales (por ejemplo, la cultura clásica) merced al reconocimiento de la distancia relativa. Por lo general, tienen un efecto funcional en las áreas dominantes (por ejemplo, la ciencia aplicada) donde los estándares y los procedimientos internos pueden ser aceptados como condiciones de un servicio efectivo. Pero con bastante frecuencia tienen un efecto mínimo o incluso negativo en las áreas nuevas (por ejemplo, la sociología crítica), donde las condiciones de privilegio podrían ser amenazadas por la práctica, y donde los estándares heredados pueden incluso ser invocados *contra* los nuevos intereses y procedimientos. Esto conduce, a menudo, a complejas formaciones sectoriales dentro de estas instituciones, como ocurre, en nuestra propia época, en las universidades.

Pero existe una diferenciación adicional. El privilegio de ciertas instituciones, más allá del mercado o del orden político explícito, no puede por menos de estar relacionado con la producción de una obra independiente, pero también puede estar relacionado con una distinción hecha por Bourdieu (1977) entre comercio cultural a corto plazo, como en las operaciones ordinarias del mercado, en artículos de valor simbólico limitado, y operaciones a largo plazo en las que su gran valor simbólico depende de un lento crecimiento de la *autoridad*. En el nivel de los sistemas filosóficos, literarios y culturales fundamentales, y en realidad en un nivel más profundo, el de la definición, por selección, de la naturaleza y los objetivos del trabajo cultural, las instituciones privilegiadas —ahora no sólo las universidades

sino también las academias, las instituciones culturales nacionales, los sistemas culturales públicos— pueden considerarse como instrumentos indispensables de producción de las ideas y prácticas de un orden revestido de autoridad, y con frecuencia deben considerarse como tales incluso cuando, como una condición interna de su autoridad a largo plazo, incluyen elementos minoritarios de disensión o de oposición.

Formaciones alternativas y de oposición. El caso del trabajo cultural en o para organizaciones alternativas o de oposición es diferente, pero tiene sus propias variables sociológicas. En el caso de una clase o interés establecidos, podemos observar grados prefijados de distancia, como la de los círculos interiores y exteriores, entre el trabajo intelectual y cultural y los intereses que sirve. Esto se puede discernir a nivel de organización y se puede también analizar en el sentido de la distinción de Bourdieu entre operaciones a corto y largo plazo. Muchas de las mismas consideraciones son válidas para las organizaciones alternativas o de oposición que se han convertido en relativamente establecidas, pero la diferencia sociológica determinante es que el modo de establecimiento relativo —y también el de los tipos alternativos y de oposición de trabajo cultural— es en sí mismo una función de las relaciones entre un interés alternativo o de oposición y los intereses existentes generalmente dominantes. Pues en la medida en que el trabajo alternativo o de oposición puede ser incorporado, aunque todavía como elemento distintivo, en los sistemas sociales y culturales considerados como un todo, los grados relativamente establecidos de distancia pueden continuar existiendo.

Por otra parte, cualquier movimiento hacia la transformación o sustitución del sistema existente provoca formas de crisis interna así como las más evidentes y a menudo más drásticas formas de crisis externa. Las complejidades sectoriales ocurren frecuentemente *dentro de una intelligentsia radical*, especialmente porque los directores de un partido auténticamente de oposición no son ellos mismos una clase dirigente, sino que están en una compleja posición intermedia entre un sistema potencial de gobierno y una producción cultural activa. Los, por otra parte, establecidos grados de distancia, como los existentes entre los «líderes intelectuales del partido», «los intelectuales del partido», «los intelectuales asociados con el partido», «los intelectua-

les que sirven los intereses que también sirve el partido», «los intelectuales que dan autoridad al interés a largo plazo y a la perspectiva de clase y de la clase como transformadora de la sociedad», son mucho más difíciles de negociar en partidos auténticamente de oposición que en partidos establecidos o relativamente establecidos: tanto por la presencia y la urgencia del conflicto real, como por las definiciones intersectoriales no resueltas. Estas son las complejas realidades investigadas en los análisis de Gramsci (1971) sobre la «hegemonía» y los intelectuales «orgánicos». En la práctica constituyen ahora los problemas más difíciles del trabajo cultural alternativo o de oposición.

Cambios históricos

Así pues, hemos ampliado grandemente los términos sociológicos de referencia dentro de los cuales se puede analizar específicamente el problema de «los intelectuales», y más generalmente el de todos los tipos de productor cultural. En particular, hemos cambiado los conceptos, los argumentos y los modos de examen e investigación pertinentes, más allá de los términos condicionados heredados. Ahora podemos concluir con algunas consideraciones históricas y contemporáneas más generales.

Las minorías culturales

En primer lugar, las categorías heredadas de descripción cultural amplia —«aristocrático» y «popular», «de minorías» y «de masas», «educado» y «no educado»— deben ponerse en relación, en cuanto productos sociales, con las transformaciones sociales que las han desbordado o de las cuales fueron siempre una pobre representación. Las categorías tempranas tenían bases sociales diferenciadas, en las sociedades feudales y en las inmediatamente post-feudales, y esto era todavía relativamente cierto en los estadios temprano y medio de las modernas sociedades de clases. La transición importante se produjo cuando las actividades intelectuales y artísticas fueron agrupadas y abstraídas en sus propios términos, sin una correlación significativa con otros tipos de organización social. Este es un fenómeno caracte-

rístico de la sociedad burguesa, en la cual existen, por supuesto, artes y actividades intelectuales «minoritarias», y en la que se encuentran —como ocurre todavía en la prensa— algunos sectores «minoritarios» efectivos. Pero la relación entre estos sectores y cualquier organización sociocultural más general ha sido problemática desde el período de la urbanización industrial, y agudamente problemática desde el período de la educación general y el sufragio universal.

Fue dentro de estos problemas específicos que se formaron los conceptos de minoría «cultivada» o «educada» —sin correlaciones manifiestas o confiables con otros tipos de organización social— y, más adelante, el de una categoría especial de «intelectuales». Sin embargo, la dinámica real del proceso sociocultural es más evidente en las transformaciones del concepto «de masas», que no sólo siguió una trayectoria desde las formas tardías de la cultura «popular» hacia formas nuevas y parcialmente autoorganizadas de cultura urbana de masas, sino también una trayectoria de producción de cultura «de masas» extendida —y, finalmente, extendida de manera masiva— por el mercado burgués y por los sistemas educativos y políticos del Estado.

La cultura de masas

En un nivel, la «cultura de masas», en estos últimos períodos, es una combinación muy compleja de elementos residuales, autofabricados y producidos externamente, con importantes conflictos entre ellos. En otro nivel, y de manera creciente, esta cultura «de masas» es el área principal de la producción cultural burguesa y de la clase dominante, y tiende hacia una prometeda «universalidad» en las modernas instituciones de comunicación, con un sector «minoritario» crecientemente considerado como residual y que debe ser formalmente «preservado» en esos términos. Así, una «alta cultura» relativamente no cuestionada ha sido, de forma bastante general, desplazada hacia el pasado —con unas minorías sucesoras de tipo discreto que la sirven y compiten entre sí— mientras que la «minoría» activa y efectiva, dentro de una gama de producción cultural determinada por clase, ha pasado decididamente al área general de la «mayoría».

Las burocracias

De este modo, especialmente a partir de la educación general y del sufragio universal, se ha producido una reconstitución de la organización cultural, con algunos elementos de clase residuales y directos, pero con un predominio definido en un nivel esencialmente general. Ha habido una gran expansión de las burocracias culturales y educativas, por encima de los artistas y educadores a los que, por lo general, dan empleo. Además, estas burocracias se han entrelazado —no sin algunos conflictos locales— con las burocracias políticas, económicas y administrativas, de tal manera que componen, indudablemente, un sistema organizador, un sistema significante realizado. De este modo, la pura y simple escala de la producción cultural de todo tipo ha transformado —si bien tomando en consideración los sectores locales minoritarios y conteniendo, en sí misma, algunos grados de distancia variable— los tipos de organización y los conceptos correspondientes en los que se habían basado las descripciones anteriores. Por lo tanto, puede decirse que, si bien existe un trabajo innovador en muchas formas de arte y de pensamiento, lo auténticamente novedoso debe definirse no sólo en términos específicos, sino fundamentalmente en función de las contribuciones aportadas a las alternativas a este sistema general dominante.

Expansión de los mercados

El segundo desarrollo histórico fundamental, que influyó radicalmente en la organización cultural, es la institución, especialmente marcada en algunos medios de comunicación, de un mercado internacional e incluso mundial. Excepto en algunas formas, en su mayor parte tempranas, de sociedades cerradas o de autosubsistencia, los procesos de importación y exportación cultural siempre han sido importantes. Se pueden interpretar generalmente como expansión del arte y de las ideas, pero son, a menudo, variables sociológicas importantes en los procesos reales. Las decisiones acerca de qué es lo que se debe importar, y cuándo, son frecuentemente muy similares a los procesos de una tradición selectiva, cuando los elementos del pasado son deliberadamente reintroducidos o revividos. Algunas veces la importación la realizan los grupos dominantes como en el caso de

la Restauración inglesa, con su importación deliberada de formas aristocráticas francesas. A veces, por otra parte, la llevan a cabo grupos alternativos o de oposición, como en el caso reciente de la importación de una serie de obras marxistas del continente por la Nueva Izquierda inglesa. Las características sociológicas de estas pautas de importación nunca han sido adecuadamente investigadas, sobre todo porque son descartadas con fórmulas generales —que a menudo, por supuesto, tienen cierta entidad— referidas al deseo de conocer las mejores obras de otras sociedades. Sin embargo, los procesos selectivos implicados deben ser siempre evidentes, y deberíamos, al menos, examinar si existen conexiones desentrañables entre los modos de importación selectiva y las relaciones sociales estrictamente internas.

Las exportaciones culturales

La exportación cultural constituye un proceso diferente. Típicamente es una función de dominio político o comercial relativo, con casos especialmente claros en los imperios políticos y muchos casos relacionados en la competencia internacional general. Pero los cambios en los medios de producción y distribución han transformado muchos de estos antiguos procesos. En algunas áreas, especialmente la producción cinematográfica y televisiva, las condiciones de monopolio relativo, no sólo en el nivel interno sino en el internacional, han ido más allá de los simples procesos de exportación hasta convertirse en procesos más generales de dominio cultural y, por ende, de dependencia cultural. Estas nuevas relaciones, estudiadas de forma destacada por Schiller (1969), no se limitan a las obras inmediatas que se exportan. Tienen efectos radicales sobre los sistemas significativos específicos que son los lenguajes nacionales. Comportan amplias áreas de interés cultural e ideológico. Pueden estar directamente relacionadas con operaciones comerciales más amplias, específicamente a través de la publicidad, y con operaciones políticas generales. En su propio proceso conducen a nuevas formas de cárteles culturales «multinacionales», incluyendo la apropiación o la implantación de formas con base nacional. De este modo, la sociología de la organización cultural, típicamente desarrollada para sistemas de una sola sociedad, debe extenderse radicalmente a este nuevo y cada vez más importante sistema de pro-

ducción cultural combinada y desigual, a escala transnacional y paranacional.

Los procesos de información

El tercer desarrollo histórico fundamental se encuentra en el complejo general de los procesos de trabajo, donde los cambios fundamentales ocurridos han afectado radicalmente la definición de producción cultural. Por supuesto, todavía podemos distinguir las operaciones productivas de las formas culturales tradicionales: música, pintura, escultura, drama, poesía, etcétera. Pero ha habido períodos históricos en los que éstas, junto con el aprendizaje y la investigación, podían distinguirse con relativa claridad de otras formas —el trabajo directamente productivo— en la agricultura y las manufacturas, y en la distribución de sus productos. En el nivel más específico, todavía pueden diferenciarse de esta manera, pero entretanto, y a un ritmo cada vez más rápido, la mayoría de los procesos de trabajo se ha transformado. En las sociedades industriales avanzadas la producción directa, en el viejo sentido, afecta ahora, con frecuencia, a una proporción bastante pequeña y decreciente de la población trabajadora. La distribución afecta a muchos otros, pero en las modernas condiciones de mercado, y con la creciente importancia de las organizaciones económicas a gran escala, los procesos de información, tanto internos como externos, se han convertido en una parte cualitativa de la organización económica. Al mismo tiempo, dentro del Estado administrativo moderno, y dentro de los sistemas políticos modernos, los procesos de información se han vuelto tan cruciales, tanto en los sistemas internos como externos, que aquí también el carácter general de esas operaciones ha cambiado cualitativamente. De esta manera, una gran parte de todo el moderno proceso de trabajo debe definirse en términos que no son fácilmente separables teóricamente de las actividades «culturales» tradicionales. No es fácil hacer estimaciones precisas, debido a la integración y la complejidad de los procesos, pero un cálculo americano reciente estimó que el cincuenta por ciento de la población trabajadora participa en el procesamiento y manipulación de información específica. Cualquiera que sea la proporción real, no cabe duda de que la producción y la distribución de ideas y de información

ha adquirido una importancia totalmente nueva en la mayor parte de los tipos de trabajo.

Así pues, no sólo en el nivel de un consumo cultural vastamente extendido, consumo que representa en sí mismo un cambio cualitativo respecto de formas anteriores más limitadas u ocasionales, sino también en el nivel de las formas de producción y de distribución cultural, hemos pasado a una situación radicalmente modificada. Dentro de ella, es cierto, muchos de los antiguos tipos de determinación —en el poder del Estado o en la propiedad y la dirección económica— son todavía decisivos, a pesar de que con frecuencia deben enmendarse e incluso (como en las enmiendas de la política por los tipos modernos de proceso electoral) cambiar sus formas para sobrevivir. Por otro lado, ha crecido tanto el número de trabajadores dedicados a operar y actuar directamente estos sistemas que se han producido nuevas complejidades sociales y de clases sociales. La dependencia de los grupos de poder establecidos respecto de estos sistemas operativos ha crecido enormemente y es significativo que algunos de los conflictos y luchas «industriales» de mayor dureza se produzcan ahora en esta crítica área de los sistemas de información, de las comunicaciones y de la administración basados en la recogida y procesamiento de datos. De modo que todo el sistema de producción y reproducción cultural está en peligro, de maneras sustancialmente nuevas, debido a estos cambios fundamentales en el carácter y la distribución de los procesos de trabajo.

Relaciones modificadas y modificables

Además, las relaciones modificadas y potencialmente modificables de un sistema semejante no pueden quedar reducidas a un nivel operacional. Muchas de las técnicas y algunas de las habilidades de la producción cultural, en su sentido más amplio, están ahora necesariamente diseminadas de manera más general. El carácter social de la producción cultural, que es evidente en todos los períodos y formas, es ahora más directamente activo e inevitable que en las anteriores sociedades desarrolladas. Existen, pues, contradicciones importantes y persistentes entre este carácter social central de la producción cultural, y, por un lado, las formas residuales de la producción cultural específica y, por

otro, las formas todavía determinantes de control político y económico.

Así pues, si bien la sociología cultural tiene muchos tipos de trabajo a su alcance inmediato —en el análisis de las instituciones y formaciones, y de los sistemas y formas significantes— debe también ocuparse, necesariamente, de estas relaciones activas contemporáneas, en un orden social que ahora se basa más directamente en una generalización práctica de sus procesos y preocupaciones específicos. Una sociología de la cultura plenamente responsable que, en este momento de cambio general, se encuentra ella misma en un proceso significativo de desarrollo, debe ser, en consecuencia, analíticamente constructiva a la vez que constructivamente analítica. Pero sólo podrá conseguirlo si, extendiendo el trabajo en colaboración, aprende a convertirse, pese a muchas dificultades y resistencias, en una nueva disciplina fundamental.